

Mito, comentarios acerca de una empresa de cultura

Mauricio Ramírez*
Universidad de Antioquia

Primera versión recibida: 1 de septiembre de 2005; versión final aceptada: 8 de octubre de 2005 (Eds.)

Resumen: La revista *Mito* fue una empresa de cultura dirigida a destacar la responsabilidad ética del intelectual colombiano en la construcción de un medio social acorde con sus aspiraciones estéticas. En esta tarea, esta publicación se opuso a la censura de prensa impuesta por el gobierno y se pronunció acerca de otros acontecimientos internacionales con incidencia en la política y el pensamiento en Colombia. Cada una de sus 42 entregas fue reseñada por publicaciones extranjeras y por críticos notables de la literatura latinoamericana, incluso después de su desaparición en 1962.

Descriptores: Literatura colombiana; Revista *Mito*; ética; censura; libertad; empresa cultural; generaciones literarias

Abstract: The journal *Mito* was a cultural enterprise oriented to point out the ethical responsibility of Colombian intellectuals in the process of building a social milieu in agreement with its aesthetical plans. In this endeavor, *Mito* opposed press censorship imposed by the government and gave voice to other international events which influenced Colombian politics and thought. Its 42 issues were reviewed by international publications and well-known scholars of Latinamerican literature, even after the journal's disappearance in 1962.

Key words: Colombian literature; journal *Mito*; ethics; censorship; freedom; literary generations.

- * Comunicador Social-Periodista de la Universidad de Antioquia (marago25@hotmail.com). Es investigador y docente universitario. Compilador y prologuista del libro *"Un solo incendio por la noche"* (Obra crítica, literaria y periodística recuperada de Jorge Gaitán Durán), editado por la Casa de Poesía Silva de Bogotá. Actualmente labora como comunicador del Programa de Cultura Ciudadana de Pereira. Este artículo es resultado de la investigación realizada por el autor acerca de la producción literaria y su relación con la política en la Colombia de mediados del siglo XX.

Estudios de Literatura Colombiana
No. 17, julio-diciembre, 2005

Para Fernando Charry Lara,

In Memoriam

"Hay que acabar con la idea monstruosamente banal de que la calidad intelectual es independiente de la calidad humana. Todo edificio estético descansa sobre un proyecto ético. Un delator no puede ser un buen profesor universitario, ni un lacayo puede ser un buen escritor o un buen pintor, porque las fallas en la conducta vital corrompen las posibilidades de la conducta creativa".

Jorge Gaitán Durán, "Sanín Cano y la situación del intelectual colombiano" (1957)

"La libertad no es un regalo que se recibe de un Estado o de un jefe, sino un bien que se conquista cada día, con el esfuerzo de cada cual y la unión de todos".

Albert Camus, "El pan y la libertad" (1953)

1. Introducción

En enero de 1955, pocos meses después de su regreso de Europa, donde permaneció cuatro años, Jorge Gaitán Durán publicó en el diario *El Tiempo* una nota a propósito de su poema "El Libertino", en la que escribió lo siguiente:

El deber de una generación —colocada, como la nuestra en el centro de una "problemática" social sin antecedentes— no consiste en aceptar el "aspecto" o la "superficie" moral de una colectividad dada, sino en ir más allá, hasta echar las bases de la nueva moral que nuestra época exige. Recibir sin beneficio de inventario las "apariencias" de los valores éticos lleva irremediablemente a negarlos o, por lo menos, a adulterarlos.

Toda auténtica moral del pasado ha nacido del anticonformismo. Esa es la lección que nos dejan las epístolas morales españolas o la obra de los moralistas franceses o la reforma alemana. Mientras las formas exteriores del orden permanezcan vigentes; mientras no se recurra a una "moral de las entrañas", mientras la norma venga desde afuera, impuesta por el sistema, será imposible construir un orden humano, apoyado en la libertad de escoger (1955, 2).

Insistía nuevamente Gaitán Durán en que todo edificio estético debía descansar sobre un proyecto ético representado por el respeto y la defensa de las libertades individuales. Y planteaba así mismo los principios que

cuatro meses después comenzaría a pregonar en las páginas de la revista *Mito*, publicación aparecida en Bogotá por primera vez en mayo de 1955, y que durante sus siete años de circulación fue ejemplo de cómo en medio de la intolerancia reinante en Colombia, gentes allegadas a todos los horizontes ideológicos y estéticos sí podían emprender un gran proyecto cultural, caracterizado por su inconformismo y su decidida lucha contra la abyección y la mediocridad. En el editorial de ese primer número, los fundadores de la revista, Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel, advertían a sus lectores:

Las palabras también están en situación. Sería vano exigirles una posición unívoca, ideal. Nos interesa apenas que sean honestas con el medio en donde vegetan penosamente o se expanden, triunfales. Nos interesa que sean responsables. [...] Los lectores deberán escoger, y escogerse ellos mismos. [...] Rechazamos todo dogmatismo, todo sectarismo, todo sistema de prejuicios. Nuestra única intransigencia consistirá en no aceptar nada que atente contra la condición humana. No es anticonformista el que reniega de todo, sino el que se niega a interrumpir su diálogo con el hombre. Pretendemos hablar y discutir con gentes de todas las opiniones y de todas las creencias. Esta será nuestra libertad (*M*, 1, 1955, 1-2).

En Colombia, estar en situación significaba, entre otras cosas, definir alternativas de cultura para el hombre, agobiado por la retórica y la ignorancia en la que se disolvía cualquier intento de rebelarse y ensayar otras soluciones para los problemas sociales, económicos y políticos del país. Problemas que no podían resolverse eficazmente sin el compromiso con ciertos principios éticos, como la verdad y la libertad, que fundaran las bases de una moral opuesta al fraude, el engaño y la censura que caracterizaban entonces a la sociedad colombiana.

Este propósito, manifestado a través de las páginas de *Mito*, fue el de un grupo de escritores y poetas de una generación que vivió su juventud en medio de un país y un mundo divididos y puestos a escoger entre el totalitarismo y una democracia en evolución. La mayoría de aquellos hombres se marchó al extranjero en los meses posteriores al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, en busca de un medio que les proporcionara a su vez garantías de éxito profesional y un ambiente propicio para llevar a cabo su propia aventura literaria. Durante su permanencia en Europa —continente también devastado por la guerra— estos jóvenes se

llenaron de referentes culturales y afianzaron su creencia, gracias al ejemplo de la juventud europea, en que la mejor manera de extirpar la barbarie de un territorio es formar primero individuos moralmente comprometidos con la defensa de su propia libertad. Por eso, a su regreso a Colombia, agruparon en torno suyo, además de nombres representativos de la literatura hispanoamericana, a destacados escritores y poetas colombianos pertenecientes a generaciones anteriores, con los que los unía el inconformismo con la situación que entonces atravesaban el mundo y su propio país.

Entre este grupo de hombres que hizo posible la revista *Mito* es necesario destacar a Jorge Gaitán Durán, a quien la muerte sorprendió a sus treinta y ocho años en un accidente de aviación en la Isla de Guadalupe, el 22 de junio de 1962. En la obra de Gaitán Durán, y esto incluye a la revista *Mito*, se advierte un interés particular por la relación entre la ética y la estética presente en toda obra que aspire a convertirse en algo perdurable. A su juicio, no podía ser que una literatura asentara sus valores estéticos en la descripción detallada de las proezas y miserias de un grupo humano, y que su autor no sintiera ninguna solidaridad con ellas. Le parecía un síntoma de mala conciencia y evasión por parte del intelectual, no comprometerse siquiera con la defensa pública de los valores éticos que orientan su manera personal de concebir la vida. Por eso, cuando en compañía de Hernando Valencia Goelkel fundó la revista *Mito*, dejó clara en el editorial del primer número su intención de “presentar textos en donde el lenguaje haya sido llevado a su máxima densidad o su máxima tensión, más exactamente, en donde aparezca o una problemática estética o una problemática humana” (*M*, 1, 1955, 1). Exigía del escritor, el poeta, el artista o el investigador identidad con su obra, y a ésta involucrarse con algún aspecto de la vida del hombre. Porque como decía en una nota escrita en *El Independiente*, el 10 de enero de 1958:

Ser intelectual, es decir, un hombre que trabaja con la inteligencia, que se sirve de sus facultades mentales para operar sobre el mundo, sea escritor o periodista, economista o bacteriólogo, no es algo fácil. No sólo por la simple razón de que la inteligencia no es un regalo, sino virtud que se conquista por medio del estudio y la reflexión, sobre la base de una predisposición que, contra la opinión admitida, puede desarrollarse o transformarse en la más vil ceguedad [...].

El intelectual tiene también, fuera del marco que le es propio, la responsabilidad por sus semejantes. Lo que define su situación en el mun-

do es su conciencia; su papel es alertar, protestar, denunciar, en nombre de una ética razonada, cuando otras personas en otras ramas de la actividad humana, poderosas o miserables, no pueden hacerlo, dominadas con razón o sin ella por los imperativos, a veces tremendos, de la historia.

Si bien ser escritor o ser artista es una elección del hombre, un proyecto que se hace para vencer la nada, no desconozcamos que en nuestros países personas radicalmente dotadas pueden elegir, asediadas por condiciones sociales particularmente crueles, una mediocridad silenciosa. Puede decirse que muy escasas personas, surgidas de nuestras clases menos favorecidas, como se dice tan graciosamente hoy, logran remontar los obstáculos económicos, geográficos o educativos que los separan del ejercicio adulto de la inteligencia y de la plenitud esquiva de la cultura. Razón de más para que, quienes sin mayores esfuerzos han logrado entrar a la universidad o han tenido éxito en el fascinante reino de la literatura, el arte o la ciencia, arriesguen, si es que esto puede llamarse un riesgo, su tranquilidad (Gaitán Durán, 1958, 4).

Gaitán Durán fue un convencido de que cada uno es responsable por sí mismo y por sus semejantes, en la medida en que escoge una determinada manera de vivir y comprender el mundo. En su obra crítica y periodística, sobre todo, insistió en este planteamiento, como una forma de rebelión en un medio intolerante en el que los compromisos han sido más con el poder de una persona o de un interés particular que con una causa o una idea del hombre. Sobre la importancia de emprender proyectos colectivos para el progreso del país, escribió lo siguiente en una nota publicada en su columna "Dentro y Fuera", de *El Espectador*, el 2 de agosto de 1960:

Solo lograremos superar la crisis colombiana si le damos una prelación rigurosa a los intereses colectivos. Lo cual, en última instancia, favorecerá a cada ciudadano. Pero si nos empeñamos en no ver más allá de nuestras narices, en someter los enormes problemas del desarrollo colombiano a nuestras pérdidas y nuestros beneficios inmediatos, nos quedaremos sin nación y también sin peculio. No saben los demagogos, que explotan la afectividad de los intereses particulares, cuánto nos acercan al caos y a la ruina (1960, 4).

Por eso, el lector que buscaba *Mito* era aquel capaz de realizar en sí mismo un tipo de humanidad, universal por su capacidad de comprender el proyecto de cualquier otro hombre, fuera de la época que fuera. De ahí que también una constante en las páginas de esta revista fuera la publicación y

la mención de obras de escritores que como el Marqués de Sade, Jean Genet y Ezra Pound, entre otros, convirtieron su vida en su obra, y su obra en su vida. Hombres que eligiéndose, eligieron al hombre.

2. 'En *Mito* comenzaron las cosas'

Para quienes conocieron de cerca la experiencia de creación de esta revista, su realización, o al menos su existencia prolongada, era una quimera, debido al fracaso anterior de otras experiencias similares y a los factores que en ese momento dificultaban el éxito de una empresa cultural como ésta en Colombia. Un ejemplo de ese escepticismo es el caso de Eduardo Zalamea Borda, quien a pesar de respaldar desde el comienzo esta iniciativa, y figurar en el comité patrocinador de *Mito*, escribió lo siguiente en su columna "Fin de Semana", publicada en *El Espectador*, el 19 de mayo de 1955:

Quando Jorge Gaitán Durán me comunicó su proyecto de fundar una revista literaria, no quise desanimarlo, pero tal vez alcanzó a ver en mi rostro la sonrisa de un escepticismo irrevocable mal velado por la discreción que impone una antigua y por mí muy apreciada amistad. Recordaba que hace veinticinco años, si no más, fundamos con Luis Vidales, con Alejandro Vallejo, con Juan Roca Lemus una revista literaria: *Mañana* [...]. Nuestra *Mañana* murió ahogada por la indiferencia, aunque quizás contribuyó a ello en parte nuestra bohemia juvenil, que no fue capaz de encauzarla. Con *Mito* no ha de pasar lo mismo, estoy seguro, porque es indudable que el país advierte hoy más que nunca la necesidad de estos órganos culturales [...]. Hoy estamos obligados a salvar más valores en peligro y todas estas publicaciones independientes, fruto de la iniciativa particular, constituyen baluarte de la inteligencia para la defensa de la libertad sin la cual nada puede prosperar (Zalamea Borda, 1955, 4).

Las dificultades que se advertían para el éxito de esta empresa provenían de su magnitud para las posibilidades que ofrecía el medio colombiano y de la influencia demasiado marcada de revistas francesas, que como *Les Temps Modernes*, publicada por Jean-Paul Sartre, defendían los mismos principios y poseían una estructura similar, lo cual constituía para muchos, al mismo tiempo, una trasgresión de la moral tradicional y una tentativa de "extranjerización" de la realidad nacional. A todos ellos, *Mito* les respondió publicando con responsabilidad e independencia, al lado de

valiosas obras literarias, y notas sobre cine, pintura y literatura, “Documentos” y “Testimonios” acerca del entorno social colombiano, como la “Historia de un matrimonio campesino”, presentada por André Breton en una exposición surrealista sobre el erotismo; una encuesta sobre el papel de los intelectuales colombianos ante la violencia, y los diálogos sobre este mismo tema con Camilo Torres y Eduardo Franco Isaza. Demostraba con esto que para comprender mejor el valor estético de una obra era necesario ocuparse también de aquello que condicionaba su realización, como la época y el medio social.

Sin esas otras proyecciones de índole política y social —afirmó después Hernando Valencia Goelkel— quizás *Mito* nunca habría asumido la personalidad, la fisonomía que logró en un momento y que ha logrado retrospectivamente en la medida en que las generaciones posteriores curiosa y generosamente se interesan por este capítulo de la vida cultural del país (Valencia Goelkel, 1990, 164).

Para cumplir mejor su tarea, *Mito* también supo asimilar las experiencias de publicaciones similares, como la *Revista de las Indias y Crítica*, en Colombia, y *Sur*, *Orígenes* e *Hijo Pródigo*, entre otras de América Latina. Porque como escribió otro de los directores de *Mito*, Pedro Gómez Valderrama,

En aquella época el papel de las revistas literarias era fundamental en la vida literaria de América Latina. No eran muchas las que aparecían junto con *Mito*: *Sur* en Buenos Aires, *Sardio* en Caracas, la *Revista Mexicana de Literatura*. En la península ibérica entonces, aparecía *Ínsula* y después apareció la revista de Cela, *Papeles de Son Armadans*. No mucho más si hay algo que no recuerdo. Entonces, el problema editorial latinoamericano era aún más complicado, en especial en países como Colombia, que vivía una situación difícil. No aparecían muchos libros, después vino una época mejor, justamente cuando en *Mito* comenzamos una serie de ediciones, en las cuales, al lado de libros de la gente vinculada a la revista —Jorge Gaitán Durán, Andrés Holguín, Marta Traba, Hernando Téllez, Eduardo Mendoza Varela, Eduardo Cote Lamus y yo— aparecieron libros de Carlos Lleras Restrepo, Hugo Latorre Cabal, Alfonso López Michelsen, Fulgencio Lequerica Vélez, Mario Laserna. Esta fue una segunda etapa, muy grata, de la labor editorial, que en la revista llegó a 42 números, desde abril y mayo de 1955 a junio de 1962, último número, publicado después de la muerte de Gaitán Durán (Gómez Valderrama, 1983, 7).

Las revistas servían para ponerse al tanto de las novedades literarias y las corrientes de pensamiento de todas partes del mundo. Eran el centro alrededor del cual gravitaban escritores, poetas, artistas e investigadores pertenecientes a una generación, o con pretensiones de convertirse en un movimiento. *Mito* cumplió esa labor y amplió el panorama de la literatura colombiana, sometida a las perspectivas que le planteaban los suplementos literarios de los periódicos, únicos espacios donde un grupo de críticos y poetas podía publicar algunas páginas con cierta regularidad. Esa es la razón por la que, en Colombia, el éxito de esta empresa fue reconocido en su momento de manera general, apenas poco tiempo después de haberse puesto en marcha. Éxito debido además al valor de plantear problemas y situaciones por resolver en el camino hacia un diálogo efectivo de la cultura colombiana con el resto del mundo. Así lo reconoció, por ejemplo, Héctor Rojas Herazo en su columna “Cruz y raya”, publicada en el *Diario de Colombia*, el 17 de abril de 1956:

El arribo de *Mito* a su sexta edición —lo que representa un año de batalla en nuestro medio— es preciso registrarlo como un triunfo de la inteligencia colombiana. En primera instancia, *Mito* ha sido un espectáculo de contención, de pundonor intelectual, de saneamiento cultural. Lo que, en su fondo, ha implicado una tarea de imprevisibles consecuencias: salvaguardar lo mejor, lo más estricto y dichoso, en el puro terreno de la creación, que hoy puede ofrecer este solo nuestro para interés de otras latitudes de la geografía y del espíritu. Este solo además de la revista que dirigen Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel sería suficiente para que sus páginas marcaran un hito perdurable en nuestra historia literaria. Pero lo que ahora queremos destacar, porque, en una u otra forma, hace parte de lo mejor de nosotros, del patrimonio vivo de Colombia, es la seriedad cautelosa con que sus páginas han tratado de servir de punto de enlace entre lo que somos y lo que necesitamos ser. Esto, como es de toda lógica, ha sido interpretado en forma diversa, las más de las veces encontrada, por quienes, tal vez sin saberlo, empiezan ya a nutrirse de su equilibrada docencia (Rojas Herazo, 2003, 400).

No obstante *Mito* también debió enfrentar las críticas de sus detractores, la gran mayoría de ellas centradas en el interés particular que se le daba en la revista al tema del erotismo, para muchos gratuito y sólo concerniente a Jorge Gaitán Durán. La reiterada publicación de artículos referidos a la sexualidad se debió a que Gaitán Durán pensaba que cualquier

tentativa revolucionaria, o al menos de reforma, debía tener en cuenta y afirmar todo lo referente a la intimidad humana. No lo entendieron así algunos lectores, a quienes de todas maneras *Mito* puso a disposición sus páginas, fiel a su principio de “hablar y discutir con gentes de todas las opiniones y de todas las creencias” (*M*, 1, 1955, 2). Quizás la objeción más célebre hecha a la revista fue la que hizo el destacado intelectual de izquierda Darío Mesa, y que publicaron Gaitán Durán y Valencia Goelkel en el número cuatro con el título: “Mito, la revista de las clases moribundas”. En su carta, Darío Mesa cuestionó el espíritu revolucionario de la revista, a la que acusó de conformarse con emprender apenas una tentativa de rebelión. Mesa escribió:

No podemos negarlo: *Mito* es una hazaña editorial, aun cuando sus directores tengan suficiente dinero para emprenderla y correr el riesgo de un fracaso que no afectaría sino levemente la fortuna personal de cada uno de ellos; es un empeño difícil, así cuente con acogida calurosa por parte de los grupos intelectuales y de una vasta porción de la clase social que empieza a verse reflejada en la revista; es una proeza económica y hasta cierto punto, intelectual, en un país que padece la desgracia de tener que acomodarse a las perspectivas culturales que le imponen una clase terrateniente inculta y provinciana y una burguesía comercial sin los rasgos espirituales ni los objetivos históricos que, en el pasado, hicieron de ella una fuerza revolucionaria.

[...]

Mito es una revista de inconformes con su medio social, una tribuna de rebeldes, pero no de revolucionarios. Tampoco hay que pedirle que lo sea. Está bien así, entre otras razones por la de que nos permite medir la crisis intelectual de la burguesía colombiana y de sus auxiliares pequeño-burgueses (Mesa, 1955, 281-297).

La mención constante en esta carta de las circunstancias financieras en las que se llevó a cabo la revista mostraban cómo en Colombia hacía falta una cierta independencia económica para promover cambios sociales y políticos, a partir de las manifestaciones culturales. Las palabras de Darío Mesa evidencian igualmente la frustración de que entonces no hubiera otras empresas con las mismas posibilidades de éxito que *Mito*, debido a su generalizada dependencia del presupuesto de un partido político o de alguna empresa estatal. Había en esa época otras publicaciones con orientaciones similares, pero sólo *Mito* consiguió conservarse y hacerse escuchar

con fuerza en Hispanoamérica, convirtiéndose en objeto de estudio obligado para quienes seguían la evolución de la literatura de esta parte del continente.

3. La censura, plaga de la libertad

Gracias a su independencia económica y política, los directores de *Mito* manifestaron sin ambages su rechazo por toda medida que restringiera las libertades individuales, y sobre todo la de expresión, en Colombia y en el Mundo. Entonces, la censura estaba consagrada en la Constitución Política de Colombia como un mecanismo mediante el cual proteger los derechos de los ciudadanos en tiempos de alteración del orden público, aspecto que fue aprovechado por varios gobiernos para librarse de la oposición, evitar cualquier cuestionamiento por sus determinaciones y preservar el orden moral establecido. El gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla no fue una excepción en este sentido, y desde el comienzo intentó restarle poder a la prensa, en especial a la de oposición, haciéndola responsable directa por el desacato de las decisiones del gobierno en todo el país. En consonancia con las sucesivas disposiciones dictadas desde 1944, en las que se imponían límites a la libertad de expresión, Rojas Pinilla dictó, por ejemplo, el decreto 2535 del 21 septiembre de 1955, que señalaba en sus dos primeros artículos:

ARTÍCULO 1: Queda prohibido publicar informaciones, noticias, comentarios, caricaturas, dibujos o fotografías que, directa o indirectamente, impliquen falta de respeto para el Presidente de la República o para el Jefe del Estado de una Nación amiga, o comprometan seriamente el normal desarrollo de las relaciones internacionales de Colombia.

ARTÍCULO 2: Queda también prohibida toda publicación en la cual se dé cuenta de hechos que afecten el orden público, o que directa o indirectamente configuren o traten de configurar sucesos de violencia como producto del sectarismo o de la pasión política, o de provocar o estimular la perturbación del orden público o la violencia política (Diario oficial, 1955, 1129).**

** "Decreto No. 2535 de 1955 (septiembre 21), por el cual se dictan disposiciones sobre prensa", en: Diario Oficial, Bogotá: No. 28859, 22 de septiembre de 1955, 1129.

Atendiendo estas disposiciones, el gobierno del general Rojas Pinilla decretó entonces el cierre de diarios como *El Espectador*, *El Tiempo*, el *Diario Gráfico* y *La Tribuna*, entre otros, la mayoría de ellos por comentar hechos de violencia en los que estaba involucrada la fuerza pública. Y a *Mito*, conforme a lo dispuesto en la Ley 29 de 1944, le impuso una multa de dos mil pesos, porque miembros de la Iglesia Católica protestaron por la publicación, en el primer número, del "Diálogo entre un Sacerdote y un Moribundo", del Marqués de Sade, traducido por primera vez al castellano por Jorge Gaitán Durán. Esto llevó a los directores de la revista a pronunciarse reiteradamente contra éstas y otras formas de censura latentes en la sociedad colombiana, que impedían a muchas personas y publicaciones ejercer su libertad "con el máximum de responsabilidad ética y cultural" (*M*, 16, 1957, 300). Para ellos, el derecho a la oposición y a la crítica no podía convertirse en un delito y, por el contrario, su defensa era una prueba de dignidad. Por eso, en enero de 1956 manifestaban: "Si necesitáramos escoger entre la desaparición y una existencia vergonzante, sin vacilar preferiríamos la desaparición" (*M*, 5, 1955, 381).

El compromiso de *Mito* con la defensa de las libertades individuales llevó también a sus directores a participar activamente en el Paro General que los partidos políticos, los comerciantes, los estudiantes y profesores universitarios, y otros gremios convocaron en mayo de 1957 para presionar la renuncia del general Rojas Pinilla y solicitar el restablecimiento de las instituciones democráticas. El 10 de mayo salió a la calle un número extraordinario de diez páginas que contenía, además de una "Declaración de los Intelectuales Colombianos", documentos que denunciaban actuaciones reprochables del gobierno durante los últimos años. En esa oportunidad, los directores de *Mito* hicieron la siguiente aclaración:

No corresponde a los escritores la tarea directa de las reformas institucionales que la república espera, pero, a la vez que pueden y deben influir en la orientación de éstas, su papel esencial reside en la realización de la reforma ética del país, cuya estructura moral y cuyos estilos de conducta han sido implacablemente socavados [...]. El reciente movimiento de liberación carecería de sentido si Colombia volviera a ser dirigida por quienes hicieron del asesinato, la tortura, el cohecho y el robo un sistema de gobierno.

Al pueblo no se le ha regalado su libertad; la ha conquistado. Ahora le corresponde conservarla. (*M*, 13, 1957, 6).

Los directores de *Mito* contribuyeron al retorno de las libertades democráticas, pero asumieron una posición recelosa del Frente Nacional, pactado por Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo con el fin de 'cesar la violencia política'. Continuaron con su tarea de difusión y en la revista no dejaron de aparecer comentarios y análisis acerca de acontecimientos que consideraban resultados de un nuevo orden político mundial con incidencia en la vida del país, como la Revolución Cubana, la invasión rusa a Hungría y la censura de prensa en Venezuela. Sabían que a pesar del restablecimiento de algunas instituciones democráticas, el país seguía sometido al sectarismo y la persecución, ante lo cual era indispensable ampliar el propósito de su empresa, para disminuir las causas de la violencia. En una encuesta sobre la responsabilidad de los intelectuales ante este fenómeno realizada por la revista en 1959, Fernando Charry Lara respondió lo siguiente:

Hoy, cuando el esfuerzo del país tiende a recuperarlo de su inmediato pasado de vergüenza, el desarrollo de una vasta tarea cultural puede ser el único tratamiento adecuado de muchos de sus males. Al intelectual hay que crearle una situación independiente, para que pueda realizar su misión. El poder pensar libremente le dará conciencia de su valor. Su mensaje podría entonces comenzar a ser escuchado. La responsabilidad de su mensaje, a merecer la atención y el juicio públicos. Mientras ello no ocurra será una voz más entre la confusión reinante. Una gesticulación, entre cortinajes, incapaz de detener la sangre (*M*, 25, 1959, 45).

En coherencia con lo anterior, *Mito* había creado en 1956 las Ediciones Mito, una colección de obras literarias de autores colombianos y extranjeros; y así mismo, en 1957 se había puesto al aire en la emisora HJCK, de Bogotá, la Radiorevista Mito, espacio radial del que se extraían materiales para la revista y que complementaban su labor editorial. Quedaba ratificado el compromiso con la vasta tarea que se habían impuesto sus directores y colaboradores desde el primer número, exaltada y valorada por escritores como Jorge Zalamea Borda, quien en un homenaje brindado por Eduardo Carranza a Jorge Gaitán Durán el 18 de febrero de 1962 afirmó lo siguiente:

Es verdad que, en un comienzo, a muchos nos pareció que la revista se desentendía demasiado de problemas nacionales que, en el preciso momento de la necesaria y feliz creación de *Mito*, parecían exigir de todos nuestros artistas y escritores una consagración, una concentración de inteligencia excluyente para lo que no fuesen el examen y la solución

de aquellos problemas. Pero la autocrítica espontánea y la fuerza misma de la circunstancia nacional, pronto corrigieron la falla inicial. Y hoy aparecen la revista y la editorial *Mito* como uno de los pocos centros de estudio, discusión, confrontación y diálogo de que dispongan —con libertad sin regateo y con franquicia sin peaje— los escritores, artistas, periodistas e intelectuales colombianos (Zalamea Borda, 1962).

4. 'Otras voces, otros ámbitos'

Mito está entre las publicaciones latinoamericanas que condujeron a una toma de conciencia de los intelectuales acerca de la importancia de la cultura americana frente a la tradición europea. Lo corroboran la lista de sus colaboradores, los temas abordados por ellos y su vigencia en la literatura colombiana, a pesar de que no se haya hecho de ella una reedición para conocimiento y estudio de las nuevas generaciones. Porque si bien muchos de los materiales publicados en sus páginas fueron luego editados en libros, el orden en que se les presentó es la huella de cada uno de los pasos dados por un grupo de poetas y escritores que inconformes porque no había un arte literario serio en su país se ocuparon de hacerlo. Esos hombres se empeñaron en brindar nuevos referentes estéticos y éticos a los lectores colombianos, igual que lo hicieran otros a través de publicaciones similares en los demás países del continente, de donde también arribaban cartas elogiando la labor de *Mito* o reclamando la pronta llegada de una nueva entrega. Al respecto, el también colaborador de la revista, Fernando Arbeláez, escribió:

Cuando me di cuenta de que el eminente crítico uruguayo, Ángel Rama, buscaba ansiosamente números de la revista *Mito*, fundada por Jorge Gaitán Durán en abril de 1955, entendí que la extraordinaria generación en la que me correspondió un modestísimo papel había derrumbado nuestras estrechas fronteras culturales para instalarse más allá de las biblioteca aldeanas en las que hicimos nuestras primeras letras. Vimos nuestras tragedias y nuestras circunstancias dentro de parámetros que nos enseñaron a distinguir los escritores universales (1995, 97).

Mito fue una empresa de cultura, caracterizada no por su éxito económico sino por abrir nuevos caminos para llevar a gentes aisladas por el conformismo a los productos de la inteligencia. Su independencia fue su mayor activo y nunca sucumbió a las veleidades del poder político, al que instó

siempre a corresponder con reformas y planes concretos, en lugar de valerse de la delación y la persecución soterrada para acallar conciencias. El poeta venezolano Juan Liscano, en un artículo sobre Jorge Gaitán Durán publicado en abril de 1962 se refirió a estos aspectos de la siguiente manera:

Aunque el objeto de estas páginas no sea el de referirse a aquella publicación, se impone, sin embargo, elogiarla por la labor cumplida y por la orientación general que ha mantenido siempre, al margen de las mistificaciones con las que ideologías negras, rojas o doradas suelen reducir a servidumbre la inteligencia del hombre, y del actualismo entendido como moda y publicidad, éxito de escándalo que busca el éxito. *Mito* debate los grandes problemas contemporáneos, ofrece documentos fehacientes que ayudan a comprender la realidad colombiana, defiende la dignidad de la persona humana y exalta las indagaciones trascendentes del arte y del pensamiento, sin atenerse a limitaciones de idioma, nacionalidad, cultura o posición política. Por eso en *Mito* se habla de Heidegger como de Berthold Brecht, de Sartre como de Camus, de Ezra Pound como de Jorge Zalamea, de Georg Lukács como de Jean Genet. Y por eso el registro de sus notas y comentarios, artículos y documentos, abarca cine, teatro, libros, sociología, política, filosofía, artes plásticas, bellas letras, historia, danza, en una tentativa singular de interpretar nuestra época, ahondar en temas de la cultura, deshacer prejuicios, informar, afirmar (Liscano, 1962, 3).

El final de esta empresa ocurrió precisamente un mes después de la muerte de Jorge Gaitán Durán. Los más cercanos colaboradores de *Mito* decidieron dar por terminada su tarea, en julio de 1962, como una muestra de respeto por la memoria y el afán de Gaitán Durán de trabajar siempre en procura de un beneficio colectivo. Ninguno de ellos podía hacerse cargo de la revista con la misma dedicación, y además, las condiciones del país anunciaban para muchos el cumplimiento de un ciclo. En la primera página del último número incluyeron estos versos de Píndaro, en su original en griego: "Las cosas que hemos hecho, justa o injustamente, nadie puede anularlas. Ni Cronos, que es de todo el padre, podría hacer que no se hubieran hecho" (Cote Baraibar, 1990, 196).

Para valorar en su justa medida la labor cumplida por esta revista, se hace imprescindible mejorar el conocimiento que se tiene de las obras de sus más cercanos colaboradores, y la actitud asumida por ellos ante la época en la cual transcurrió su vida, especialmente su juventud. La inclinación de esta generación por géneros literarios como el ensayo y la crítica fue,

por ejemplo, fruto de un deseo, especialmente presente en ese tiempo en varias partes del mundo, de moralizar la literatura, y con ella, a su propio país. Y era, también, una forma de señalar a los lectores colombianos nuevos horizontes culturales, como lo hicieran antes Baldomero Sanín Cano y Jorge Zalamea Borda, para combatir la estrechez mental y la mediocridad. Porque como escribió luego el poeta español José Manuel Caballero Bonald:

Mito hizo un poco las veces de vehículo de propagación de las literaturas occidentales habitualmente desplazadas del consumo cultural al uso [...]. En su género y en la esfera latinoamericana, anticipó un poco lo que sería años después, en el ámbito de la edición de libros, Seix Barral [...]. No creo que circulara entonces por el mapa de las literaturas hispánicas una revista como *Mito*, de tan anticipadas cosechas culturales y de tan notoria influencia incluso después de extinguida (Caballero Bonald, 2001, 89).

Mito constituye uno de los más altos logros de la cultura colombiana, no sólo porque agrupó una gran cantidad de nombres por los que se reconoce literariamente a este país en el extranjero, sino también por la vigencia de los valores éticos que defendió, y que merecen un estudio al margen de las modas literarias. Porque esta revista es al mismo tiempo, un ejemplo de compromiso y empeño en la toma de conciencia del hombre colombiano de sus responsabilidades con la sociedad a la que pertenece, y una viva muestra de cómo las ideas sí son capaces de heredarle a un país una visión actual y constructiva de su propia realidad.

Bibliografía

- Arbeláez, Fernando. "El Asturias y el Automático", en: *Voces de Bohemia. Doce testimonios colombianos sobre una vida sin reglas*. Hugo Sabogal (ed.). Bogotá: Norma, 1995, 97.
- Caballero Bonald, José Manuel. *La costumbre de vivir*. Madrid: Alfaguara, 2001, 89.
- Charry Lara, Fernando. "La responsabilidad de los intelectuales ante la violencia", en: *Mito*, 25, volumen 05. Bogotá: junio-julio, 1959, 40-52.
- Cote Baraibar, Pedro. "Epístolas alrededor de *Mito*", en: *Textos sobre Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1990.
- Gaitán Durán, Jorge. "De un poema de Jorge Gaitán Durán", en: Suplemento Literario Dominical de *El Tiempo*. Bogotá: 9 de enero, 1955, 2.

- _____. "De la inteligencia", en: *El Independiente*. Bogotá: 10 de enero, 1958, 4.
- _____. "Dentro y fuera", en: *El Espectador*. Bogotá: 2 de agosto, 1960, 4.
- Gómez Valderrama, Pedro. "La aventura editorial de *Mito*", en: Revista Dominical de *El Heraldo*. Barranquilla: 21 de agosto, 1983, 7.
- Liscano, Juan. "Tres libros y un mismo autor: Jorge Gaitán Durán", en: Lecturas Dominicales de *El Tiempo*. Bogotá: 1 de abril, 1962, 3-4.
- Mesa, Darío. "Mito, la revista de las clases moribundas", en: *Mito*, 04, volumen 01. Bogotá: octubre-noviembre, 1955, 281-297.
- "Libertad de expresión" II, en: *Mito*, 05, volumen 01. Bogotá: diciembre-enero, 1955-1956, 381.
- "Mito y el ambiente colombiano", en: *Mito*, 16, volumen 03. Bogotá: octubre-noviembre, 1957, 300-301.
- "Declaración de los intelectuales colombianos", en: *Mito*, 13, volumen 03. Bogotá: marzo-mayo, 1957, 6.
- Rojas Herazo, Héctor. "El primer año de Mito", en: *Vigilia de las lámparas. Obra periodística de Héctor Rojas Herazo, 1940-1970*. Tomo I. Jorge García Usta (comp.). Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, 2003, 400.
- Valencia Goelkel, Hernando. "Nuestra experiencia de *Mito*", en: *Textos sobre Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1990, 164.
- Zalamea Borda, Eduardo. "Homenaje Nacional a Jorge Gaitán Durán", en: *Mito*, 39-40, volumen 07. Bogotá: noviembre-diciembre, enero-febrero, 1961-1962, 186-188.
- _____. "Mito", en: *El Espectador*, Bogotá, 19 de mayo, 1955, 4.